

La recuerdo de forma bastante difusa y es normal teniendo en cuenta que según el recordatorio que encontré entre las páginas de uno de los libros que habían sido de mi padre ella había fallecido en 1952, en el mes de octubre, cuando tenía yo cuatro años.

Un día abrí aquel libro, muchos años después de haber fallecido mis padres y de haber hecho la obra y haber andado moviendo los libros de un lado a otro, desde la librería de puertas de cristal que siempre había estado en la entrada hasta la actual librería de escayola blanca, tan fea y tan desangelada, pasando por las escaleras y el ascensor bajándolos con el resto de las cosas en cajas de cartón para almacenarlos mientras la casa estaba patas arriba en una habitación que me prestó una vecina. Era un libro de Galdós, o de Palacio Valdés, o de Concha Espina encuadernado en tela azul — había muchos encuadernados en tela azul, de distintos autores, y no me fijé en el título — que al parecer nadie habíamos abierto en cerca de cincuenta años.

Aquel día cuando yo lo abrí cayó al suelo un sobrecito de luto, este sobre y así, tal cual, dirigido a mi padre; con su sello de 5 céntimos (céntimos de peseta) y sin matasellos ni el nombre de la ciudad, Madrid, por ninguna parte.

Y dentro del sobrecito estaba el recordatorio.

Yo había conocido a su familia; su hermano Julio y su cuñada Isabel y sus sobrinos Julio y Maruja, con los que ella vivía en la calle de Ibiza, en un piso con



dos balcones que daban a la calle y, a la entrada, la primera puerta a mano izquierda de un

<p>†</p> <p>ROGAD A DIOS-EN CARIDAD por el alma de la señora</p> <p>D.^a DIONISIA LUJAN LIZCANO</p> <p>que falleció en Zaragoza el día 10 de octubre de 1952 a los 68 años de edad</p> <p>Después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica</p> <p><i>Sus afligidos hermanos, D. Venancio, don Julio, D. Ignacio; hermanos políticos, sobrinos primos y demás parientes,</i></p> <p>Ruegan una oración por su alma.</p> <p>†</p> <p>Misericordiosísimo Jesús, dadla el descanso eterno.</p> <p>†</p> <p>La hemos querido mucho, y su recuerdo no se borrará de nosotros. Jesús, María y José.</p> <p>Repetidas cinco veces, indulgencia plenaria.</p>	<p>ORACION</p> <p>¡Oh Dios omnipotente y misericordioso! Acoge benignísimo el alma de tu sierva DIONISIA en la mansión de la paz y dignate no separar en la vida eterna a los que tan unidos vivieron en esta vida.</p> <p>JACULATORIAS</p> <p>Despertad, Señor, su recuerdo en todos los que la conocieron, para que ofrezcan ante vuestro altar la última prueba de su afecto.</p> <p>†</p> <p>No lloréis, sed buenos. voy a unirme con Dios y os espero en el Cielo.</p> <p>†</p> <p>Guarda esta estampa en tu libro predilecto y siempre que la veas reza por mí una Jaculatoria o Ave María.</p> <p>—</p> <p>SAP - DUQUE DE SEXTO. 3</p>
--	---

pasillo largo más bien oscuro, tenía una habitación interior, que daba a un patio, donde los sábados por la tarde mientras mis padres iban al cine Ibiza, o al Narváez, o al Sainz de Baranda, yo me quedaba con ella y otras niñas tan pequeñas como yo todas sentadas en sillitas escuchando cosas de las que ella nos hablaba.

Y porque había conocido a su familia y

a ella como Valentina desde siempre (el siempre de una niña de cuatro años) y había sabido también de siempre que su apellido era Luján, y porque en mi recuerdo yo estaba en la idea de que ella había muerto cuando yo tenía siete años, me desconcertó que el nombre que figuraba en el recordatorio fuese Dionisia, y que hubiese fallecido en 1952.

Pensé que no era de ella, pero era ella la única persona de su familia con quien mis padres habían tenido amistad, con su hermano Julio y su cuñada y sus sobrinos era sólo el trato que propiciaba la relación con ella; de manera que si Dionisia hubiese sido, tal vez, una hermana suya a la que no conociésemos no tendría mucho sentido que nos hubiese nadie enviado un recordatorio y, además, si hubiera sido así ella, Valentina, hubiese figurado entre los hermanos de la difunta.

Hice memoria a ver si quedaba alguien de los amigos o conocidos comunes a quien poder preguntar; pero sólo tenía seguridad de que la hubiesen conocido un poco bien las Pacheco, las hermanas de Polo la modista y de Juan, el que me llamaba palomita tierna cuando tenía trece años, o catorce, y a su mujer Charo siempre le daba rabia. Pero de aquella familia Pacheco todos eran de edades similares a las que podrían estar teniendo si viviesen mis padres; de manera que ya habrían muerto casi todos y, aun suponiendo que no, hacía bastante que yo había perdido todo contacto con ellos y no tenía ganas ningunas de reanudarlo.

Otra cosa que me desconcertaba es que yo recordaba un día de sol, con color de verano, en Manzanares, en el corral de la calle de la Pólvora donde vivía la tía Felipa.

Yo estaba en el corral, de cantos rodados y el olor del establo de las vacas, con las gallinas correteando y, en las cuadras del fondo, junto a las escaleras que subían al pajar, la cochenera con los cerdos y otra cuadra con una mula; estaba en el corral, parada, sin más, oyendo cómo en una de las cuadras que las tías Pepa y Mary utilizaban como lavadero ellas hablaban de cosas, y de gentes, o se reían o estaban calladas lavando en la tina a mano, como se lavaba en los pueblos por aquellos años.

Entonces entró la tía Felipa en el corral — en realidad la tía Felipa era mi tía de verdad, hermana aunque sólo por parte de padre de mi padre, que por eso su segundo apellido era Sánchez de la Blanca mientras que el de mi padre era Jiménez; las tías Pepa y Mary eran sus hijastras, hijas de su segundo marido, el tío José, viudo con el que se había casado tras la muerte de su primer marido y del único hijo que había tenido; yo las llamaba tía Mary y tía Pepa porque eran mucho mayores que yo, más o menos de la edad de mis padres, pero no eran tías mías — y vino hacia mí, y se paró un momento a mi lado, y en tono un poco cohibido (la tía Felipa no tenía un carácter especialmente afable) dijo ha escrito tu padre que se ha muerto doña Valentina.

O quizás dijo que se ha muerto la maestra; porque había sido maestra de joven y por eso la llamábamos también la maestra, aunque las personas que más trato tenían con ella la solían llamar Valen, y, los vecinos de la calle Ibiza y el resto de las personas que la conocían, doña Valentina.

Así que yo sabía, sin tener que preguntar a nadie, que ella había muerto una mañana en que hacía tiempo de verano, y hacía sol, y yo estaba en el corral de la casa de la calle de la Pólvora de la tía Felipa en Manzanares.

Así que cuando encontré el sobrecito de luto con el recordatorio dentro no entendí nada. Valentina había muerto en verano, cuando yo estaba en Manzanares, y Dionisia Luján — a quien yo no conocía de nada pero cuyo recordatorio había estado durante medio siglo en un libro de mi padre — había muerto el 10 de octubre de 1952, cuando yo tenía no siete años como había supuesto siempre sino cuatro.

¿Pero por qué si ambas se apellidaban igual, y ambas tenían un hermano que se llamaba Julio, y ninguna de las dos tenía marido ni hijos (o en el caso de Dionisia habrían figurado en el recordatorio), era el recordatorio de Dionisia el que había en mi casa y por qué el nombre de Valentina, que según mi recuerdo habría muerto tres años después, no figuraba entre los de los otros hermanos?

Y, bueno, así quedó la cosa.

En cuanto al hecho de que muriese en Zaragoza en vez de en Madrid no sentí ninguna extrañeza. No sabía en realidad nada de su pasado, ni de su juventud, ni de su historia, y bien podría ser que o fuese de allí, o tuviese allí familia, o... yo que sé.

Y seguí conservando el recordatorio pese a que unas cosas me cuadraban para que fuese de ella y otras no; argumentándome que no es tan raro que las personas — y más hace tantos años — tengan más de un nombre de pila y que por el que se las conoce no sea el primero de los que figuran en su partida de nacimiento, o de bautismo.

Nunca supe por qué me quería tanto, ni por qué la quería yo tanto, ni por qué los recuerdos más felices que conservo en la memoria de aquel periodo tan corto de mi vida están todos relacionados con ella, y con su voz, y con sus gestos, y con su figura delgada, esbelta y vestida de negro pero (recuerdo) siempre con una algo así como esclavina blanca, de encaje o de puntillas o de algo así, siempre alrededor del cuello y, también, aunque no tengo absoluta seguridad, diría haberla visto alguna vez llevando un hábito no sé recordar si marrón o morado.

Se podría decir que por lo que describo de su aspecto — ah, y llevaba gafas; y una melenita corta, canosa y ondulada — debía de tener una apariencia bastante sobria. Y tal vez fuese así, pero a los ojos de otros, no a mis ojos. Para mí ella y su presencia siempre estaban vinculadas a la felicidad, a la luminosidad; no sé por qué. Ni supe tampoco nunca porque me quería más que a las otras niñas que nos juntábamos en aquella habitación con sillitas en la que había un armario antiguo, de una sola puerta de espejo, oscuro y con columnas salomónicas a los lados; y ella abría esa puerta y de una de las baldas adornadas con puntillas blancas almidonadas sacaba una caja, de bombones, o de lenguas de gato o de frutas confitadas, y nos daba a todas y luego la guardaba. Y cuando ya se habían marchado todas las otras niñas y mis padres no habían pasado todavía a recogerme de regreso del cine, volvía a abrir el armario y me daba más dulces, entonces ya para mí sola. Y recuerdo que siempre me llamaba hermosa.

Y ella murió, cuando yo tenía cuatro años o cuando tenía siete, y el tiempo siguió pasando y también habían muerto ya mis padres, y la tía Felipa, y todos o muchos de los más viejos de la familia Pacheco, de forma que no podía ya preguntar a nadie y, otro día — puede parecer mucha coincidencia pero así fue y para qué además contar una anécdota tan simple a nadie —, hojeando uno de aquellos libros encuadernados en tela azul que habían sido de mi padre, cayó al suelo una fotografía de cuando yo era niña.

Esta fotografía si la recordaba yo; tenía tan poquitas y todas de estudio (de fotógrafo, quiero decir, que tenía que llevarte alguien a propósito para que te la hiciesen) que alguna vez me había venido a la memoria aquella foto con el vestido de cuadritos, o quizás pata de gallo, en rojo y blanco y yo sentada sobre una mesa, con calcetines y zapatitos blancos; pero hacía muchísimos años que había dejado de verla.

Al recogerla del suelo le di la vuelta, y allí llevaba estampado un sello en el que podía leerse

Estudio Fotográfico
Zamorano
Dr. Muñoz Ubeda, 3
Manzanares (C. Real)

y, arriba a la derecha, aunque muy desvaído y en el mismo tono violáceo

OCT 1952

Y eso, el que efectivamente yo estuviese en Manzanares en octubre de 1952, me afianzó en mi idea de que la persona del recordatorio aunque el nombre no coincidiese era ella. Pero como es natural la seguridad absoluta no la puedo tener.

El caso, de cualquier modo, es que esta página se llama así en memoria de aquella Valentina Luján de la que tan casi nada supe, pero que tanto me quiso y a la que siempre recordaré.

Alicia Bermúdez